

ELOGIO DE DON JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

LEÍDO EN LA ACADEMIA COLOMBIANA

CON OCASION DEL CENTENARIO DEL POETA

Festeja la Academia Colombiana el centenario de uno de sus socios fundadores, y me encarga el elogio del altísimo poeta, eximio escritor, campeón de la Iglesia y la República, maestro de dos generaciones de hombres ilustres, y con todo, mayor por el corazón que por la cabeza, por la virtud que por la inteligencia y el saber. Cuando él murió tejí una corona de flores arrancadas a sus obras literarias y a los fastos de su vida, y la deposité llorando sobre la losa de la humilde sepultura. Se marchitó esa guirnalda con la escarcha del olvido. Las fiestas seculares son nueva primavera, y al calor del recuerdo tornan a vivir las florecillas muertas, recobran los colores y el aroma, y abren los pétalos salpicados de rocío. Voy a tejerlas y combinarlas de otro modo, y acaso así logre que os parezcan frescas y recién cogidas. En este mundo, que gira sin cesar, no hay novedad igual a la de las cosas viejas.

Tribútanse póstumos honores a los héroes, a los sabios y los artistas, a los santos. A los primeros se los glorifica en la plaza pública,

ante las inquietas multitudes, ebrias de gloria y patriotismo; a los segundos, en el ámbito recatado de las academias, en presencia de selecto grupo digno de entenderlos; a los terceros, desde la cátedra sagrada, bajo las bóvedas de la nave, colmada de fieles silenciosos y recogidos. Muchos hombres ciñen su frente con duplicada auréola. De Tomás de Aquino se ha dicho que es el más sabio de los santos y el más santo de los sabios; Fernando III de Castilla conquistó a un tiempo mismo, para su corona, la mitad de Andalucía, para su alma la bienaventuranza, para su efigie un puesto en los altares de la Iglesia; Alonso de Ercilla fue juntamente héroe y cantor de la epopeya conquistadora americana.

Me habéis encargado de elogiar a un artista de la palabra, pero él se compenetra de tal suerte con el varón cristiano, que no es dable estudiar una faz de aquella vida haciendo caso omiso de la otra. ¿Cómo analizar los *Comentarios* de César, si se prescinde de la guerra civil y de la conquista de las Galias?

La historia y la crítica modernas acostumbra investigar la familia, patria, temperamento, primera educación y medio ambiente juvenil del individuo a quien estudian. No niego que tales circunstancias, dirigidas por el libre albedrío, contribuyan al carácter y la carrera

de un hombre, pero sin atribuirles influjo necesario, sobre las acciones y sobre el curso de la vida. Muchas veces me he preguntado, leyendo a Taine, a Boissier y otros autores más o menos fatalistas, si la oposición entre Caín y Abel provendría de atávicos influjos, o de las escuelas en que se educaron, o de los amigos de infancia, de sus lecturas y viajes, o si cada uno representa "una etapa de la evolución," como diría un galiparlista spenceriano. Sobre la raza y el clima y la crianza y las costumbres están la personalidad humana y la voluntad libre.

En los poetas, el medio ambiente suele producir los resultados menos previstos y aguardados. El lector que desee vívidas descripciones de cielos sin nubes, ardores meridianos, tibios atardeceres, campos en flor, bosquecillos de naranjos y palmeras, ciudades entre góticas y moriscas, no los busque en los clásicos españoles, sino en los poetas ingleses, que escribieron entre brumas, al calor del hogar, a la luz de opaca lamparilla, oyendo el golpear de la nieve en los cristales del aposento.

Supo ORTIZ obedecer a unas influencias y sobreponerse a otras. Nació en época de grandeza, y fue grande; tuvo madre piadosa, y fue cristiano; hijo de un mártir de la patria, amó a Colombia hasta el delirio. Vio la luz primera

en Tunja (1), la ciudad señorial labrada como nido de condores en una árida quiebra de los Andes:

A su sagrado suelo no dan sombra
La palma, el limonero y el jazmín,
Ni se escucha la voz de los torrentes
Que ronca vaya al último confín.

Y, sin embargo, vivió enamorado del campo, y en todas sus poesías huye a menudo de su asunto y se escapa de la ciudad y se impregna de rústico aroma. Fue su cuna intelectual el Colegio de San Bartolomé, entonces hogar de las ideas novísimas y fragua de la enemistad hacia Bolívar; y ORTIZ salió de allí adalid de la tradición, idólatra del Libertador. Cursó jurisprudencia en las aulas, y resultó, no magistrado, sino poeta, y poeta independiente de todas las escuelas de moda. Porque no pagó tributo, como sus predecesores Fernández Madrid y Vargas Tejada, a la manera pseudoclásica de Iriartes y Moratines, ni se dejó avasallar por la corriente desatada del romanticismo.

Otros fueron sus maestros y dechados. En primer término la Escritura Sagrada, donde aprendió a ver al Creador en las maravillas de la naturaleza y en los fastos de la historia, y de donde tomó símiles, reminiscencias y aun frases hebraicas, como *las lluvias de Dios, las*

(1) El 10 de julio de 1814.

muchas aguas del torrente. Entre los clásicos latinos tuvo por frecuente ejemplar a Virgilio, a quien sigue en varios pasajes de *Los colonos*, como en aquel en que centellea la gastada reja del arado en el revuelto surco. Rioja y Herrera, entre los antiguos, Quintana entre los modernos españoles; Olmedo y Heredia, y en dos o tres ocasiones Andrés Bello, le trazaron el rumbo. Con la lectura del Tasso y de Manzoni aprendió lo sumo del poético lenguaje. Se inspira en sus modelos, no los copia; los imita sin plagio, y a menudo los emula, y algunas veces los supera. ORTIZ, escribe Menéndez y Pelayo, fue "capaz, en sus buenos momentos, de elevarse al nivel de Quintana, *con animación no menos férvida y más jugo de alma.*"

El *jugo de alma* que dice Menéndez, es el sentimiento; lo que llega al corazón antes que a la inteligencia, lo que asoma lágrimas a los ojos primero que palidez al semblante. ORTIZ no sostiene el vuelo tan continuado como Quintana y Heredia, pero ellos no hacen vibrar la cuerda de los afectos, que en nuestro compatriota penetra a lo íntimo del sér. ¡Cuánto va de contemplar la mole del Ruiz, desde algún sendero de la cordillera central, a leer la última carta de la persona querida recientemente muerta!

La poesía, como el hombre que la crea, consta de cuerpo y alma o, como dicen los filó-

sofos, de materia y forma. Será materia la idea meramente intelectual y abstracta, que tanto constituye el fondo de las geórgicas virgilianas como el de un tratado de historia natural; y será alma, forma substancial de la poesía, lo que la diferencie de todo cuanto no es ella: el secreto engarce, *callida iunctura*, de los pensamientos entre sí; el colorido que les presta la fantasía, el calor que les infunde el sentimiento. No hablo de la selección de los vocablos, ni del ritmo y armonía del verso, porque eso no pertenece ni al espíritu ni al cuerpo de la diosa; es sólo la clámide recamada, el manto de púrpura con que se cubre la reina de las artes. A ella no se la reconoce en el vestir, sino en el andar. *Vera incessu patuit dea.*

La vestidura predilecta de la musa de ORTIZ es la silva, amplísima ropa de ondulantes pliegues, acomodada a la marcha épica y triunfal del pensamiento. No se concibe a Safo en la envoltura estrecha de la moda contemporánea. En otras composiciones se encoge ORTIZ en estrofas regulares con finales agudos, tributo que, sin detrimento del buen gusto, pagó el poeta a la moda romántica de su tiempo. Y sabe moverse en recinto angosto con la misma libertad que en campo abierto. En *La monja desterrada*, la describe en pie, sobre la popa del navío donde

De sus miembros en torno el viento agita
Combos formando el áspero sayal,

con la mirada fija en la línea azulada que forman en el horizonte las costas de la patria, próximas a desaparecer, y pone en sus labios esta súplica dirigida a las fugaces golondrinas que enderezan el vuelo a las playas colombianas:

¡Oh volad! y llegando finalmente,
Al través de la negra tempestad,
Bajo el ala del Padre omnipotente,
Con la primera luz del sol naciente,
Al profanado asilo
Donde pasaba mi vivir tranquilo
¡De mi celda en la reja, gorjead!

ORTIZ vale más que por la abundancia y novedad de ideas, por la forma *interna* que supo infundirles con el soplo de su alma, ya que la estructura externa no siempre puede presentarse por modelo. Su lira no tiene sino cuatro cuerdas, la erótica falta por completo: la religión, la patria, el hogar y la muerte; y a menudo se repiten en distintas composiciones idénticos pensamientos. "Pero, dice Menéndez y Pelayo, tenía ORTIZ fantasía poderosa, sentimiento ardiente y profundo, elocuencia avasalladora, como que nacía de íntima convicción y sincero entusiasmo, grandeza en el plan, desarrollo progresivo y solemne que tiene mucho de oratorio, sin dejar de ser esencialmente poético. Escribía con abundancia de corazón, dominado por su asunto y ansioso de desarrollarlo hasta los últimos ápices, en inmensos perío-

dos poéticos que se van ensanchando como las ondas concéntricas que forma la piedra arrojada a un estanque." ¡Admirable comparación, mejor que muchas páginas de análisis, para dar a conocer el estilo del poeta!

Aunque sólo se hallan en Ortiz tres o cuatro composiciones y no las mejores, sobre asunto místico o dogmático, toda la poesía suya está impregnada de religión, ennoblecida y vivificada por la fe. Tal es el secreto principal de su mérito altísimo.

Poesía es aspiración a lo infinito, poesía es amor, poesía es hermosura soberana; y Dios es la infinidad misma, y es caridad sustancial, y belleza sin límites, y religión es aspiración a Dios, y religión cristiana es la posesión real de Dios, cuanto es posible en este mundo de miserias. Cimentase la religión en la fe, visión del alma que traspasa las lindes del universo sensible y permite conocer el mundo del espíritu y morar en él; que lleva al hombre a vivir por un instante en la inmutable duración de lo eterno. Todo gran poeta es religioso, desde Homero hasta Manzoni; los que no lo son, lo fingen como Lamartine; y los que repudian la religión, como Leopardi, son poetas del dolor y las tinieblas, y por lo mismo testimonios vivos de que la fe es la luz y bienandanza.

No es la religión fuente de poesía sino para quien de corazón cree en sus dogmas y cumple

sus preceptos, y anda por sus caminos y vive de su espíritu.

Nuestro poeta ve, siente a Dios y sus verdades en la naturaleza, en la patria, en el hogar, en la gloria, en la muerte. La bandera colombiana es jirón del iris, otorgado por Dios a Bolívar como prenda de éxito en el providencial encargo de redimir un continente. Colón fue llamado del cielo cuando el Creador determinó

Dar una muestra de su amor profundo
Mostrando al viejo mundo
Este, hasta allí, velado paraíso.

Si describe las costumbres de los pajarillos,
dice que la bandada

Cual en un gran palacio prevenido
Por el Dios bondadoso
Sobre un árbol copudo abate el vuelo.

En el campo de Boyacá, se duele de que no
queden reliquias del combate :

Las cruces de madera
Con que la religión honró las tumbas,
Cayeron.

Después de la religión, que es la vía regia por donde se llega a la celeste patria, el alma de Ortiz fue toda para la patria temporal y terrena; aquella Colombia antigua que él vio nacer, fulgurar y morir, y esta nueva Colombia, nacida del corazón de su madre, y heredera suya en el nombre, el ingenio, la hidalguía, el

valor y la gloria. Para el poeta no eran dos amores el de Dios y el del suelo nativo, sino que se confundían en un solo brote de luz y de calor. De ORTIZ puede decirse lo que él cantó del Libertador Bolívar :

El amaba la patria ; mas la patria
No era sólo para él la hermosa tierra
Que, como con un velo,
Arropa el combo cielo,
Y reverente encierra
Las cunas de los hijos y las tumbas
De nuestros padres caras ;
Que en su seno también firmes reposan
De nuestro Dios las bendecidas aras.

En la mente del cantor, la patria no estaba circunscrita por límites de tiempo. Los antiguos moradores indígenas del suelo, los descubridores del Nuevo Mundo, los férreos conquistadores, los colonos primeros, el abnegado misionero, el pródigo gobernante colonial son tan nuestros como el precursor de la República, los libertadores de América, los fundadores de la nacionalidad colombiana. Colón y Balboa, Suárez Rondón y Quesada son asunto de sus poemas. En *Los colonos*, mi poesía predilecta entre las de ORTIZ, deja lo trompa de Heredia y Quintana, y la reemplaza por la grácil avena de Virgilio, al modo del autor de las *Silvas americanas*, con menor corrección y riqueza que Bello, pero con superior frescura y auténtico sabor americano.

Para ORTIZ las glorias nacionales se cifran en la sobrehumana figura del Libertador. Había que oírlo cuando narraba en coloquio familiar las hazañas, victorias y reveses del Padre de la patria, y terminaba, húmedos los ojos y embargada la voz, con esta frase: "Yo lo vi..."

"En octubre de 1827, escribe ORTIZ, volvió Bolívar de Caracas a Bogotá. El congreso colombiano lo esperaba reunido en la iglesia de Santo Domingo. Un pueblo inmenso llenaba ese recinto y se extendía en las calles circunvecinas. El Libertador atravesó al largo trote de su caballo la carrera, pasando por debajo de los arcos triunfales al són de la música guerrera y del estampido del cañón, y se desmontó en el atrio del templo. Resonaron las espuelas del héroe en el pavimento; todo el concurso se puso en pie, y él fue rápidamente a colocarse debajo de un dosel a que hacían sombra las banderas de la patria que parecían inclinarse respetuosas al Libertador; éste, después de saludar al senado y al pueblo, habló. El eco de su voz era alto, estridente, desgarrador, como acostumbrado a arengar al ejército, prolongando el sonido de las erres y de las eses de las palabras. Se hallaba entonces Bolívar en la plenitud de la vida, lleno de fuerza y lozanía; su estatura, sin ser elevada, era gallarda; sus movimientos, rápidos y graciosos; sus cabellos,

negros y crespos, empezaban a argentarse ya, más que por el transcurso del tiempo, por las tormentas de la vida; su faz, antes de una blancura perfecta, ahora tenía el color bronceado que da el sol de los trópicos, y sus ojos, negros, vivos, inquietos, tenían la mirada del águila unida al brillo del relámpago de los cielos.

"Aquel momento fue solemne. Yo, niño entonces, al presenciar tal escena, comprendí el alto prez que alcanzan el heroísmo puro y la sublime virtud; y su recuerdo quedó grabado en mi mente con la profundidad que imprimen los sucesos extraordinarios que no se repiten en la vida."

ORTIZ sería, por antonomasia, el cantor de Bolívar, si antes no se hubiera escrito el *Canto a Junín*, y después la oda *A la estatua del Libertador*. Olmedo, ORTIZ y Caro son como tres inmensos bloques de granito que forman el pedestal del monumento levantado por la poesía al hombre más excelso del continente americano.

A la par de la grande, y con mayor ternura, amaba ORTIZ su patria chica, la noble ciudad donde rodó su cuna, lo cabaña pajiza que abrigó su niñez, condenado a presidio su padre, confiscado el patrimonio por los pacificadores; casita donde amaneció a la razón con el retumbo de la fusilería de Vargas, aurora que fue del

sol de Boyacá; y amó también aquella otra patria más reducida, más íntima, más cara, que se llama el hogar. El suyo estuvo iluminado por la inteligencia, ennoblecido por la pobreza cristiana, por la caridad santificado, embalsamado por la virtud y regocijado por aquel encumbrado poeta y formidable luchador, que conservó bajo la nieve de los años la frescura, la inocencia y la alegría de la primera infancia.

A las cántigas del hogar pertenecen las composiciones *A una mirla* y *A una golondrina cautiva*, escritas en el tono suavemente melancólico de Rioja y Rodrigo Caro, y que son, a juicio del príncipe de nuestros críticos, las mejores joyas de la diadema del poeta, y pasaporte a la inmortalidad.

La otra musa de ORTIZ es la muerte. No se complace, a modo de Tolstoi, en analizar gráficamente aquel espectáculo siempre repetido y siempre nuevo; el desgarrarse las fibras que unen el espíritu con la materia, una por una; aquella niebla que va velando más y más lo terreno que es forzoso dejar, y la luz que ilumina, a cada momento más intensa, el abismo de lo eterno que se abre tan hondo para el alma; ni invoca a la muerte, dominado por el miedo de vivir, como a vestíbulo de la nada, según la manera de Leopardi. Al vate tunjano lo aflige el pensamiento del instante postrimero, pero con aquella dulce

tristeza del atardecer sereno en un campo solitario. Considera la muerte como adiós a los seres amados que se quedan, pero como el saludo a las personas queridas que nos aguardan; no asiste a la expiración, mas acompaña piadoso el cuerpo a la sepultura que engalanan humildes florecillas, y cubre con tapiz de rojos matices la silvestre capuchina. Su propio fin, cercano ya, sugirió al vate septuagenario *La última luz*, de seguro la menos correcta, probablemente la más inspirada de sus obras.

¡Salve, excelso poeta, cantor de todo lo grande, que nunca quemaste incienso ante ningún tirano, ni sacrificaste en los impuros altares de la carne, ni doblaste la frente ante los ídolos del miedo! Vivirás, mejor que en bronce, en la memoria y el afecto de tus compatriotas, mientras se hable la lengua de Castilla, se adore a Cristo en el continente americano y flote la bandera tricolor en los picos de los Andes, saludada por el redoble del Tequendama.

La prosa de ORTIZ, semejante en ocasiones a la de Chateaubriand, aunque más viril; a la de Donoso Cortés, aunque más sobria, no difiere sustancialmente, ni por los pensamientos, ni por el estilo, de las odas del poeta. Esa prosa no se escribió con fines artísticos, sino para defender y propagar la doctrina católica. Su autor es uno de los apologistas laicos que nun-

ca han faltado a la Iglesia desde Minucio Félix, pero que se multiplicaron en el pasado siglo: Chateaubriand, De Maistre, Donoso, Montalambert, Bonald. ORTIZ lucha en el libro y en el periódico, y durante cincuenta años no deja un día de ocio a la pluma ágil, brillante, cortadora como la espada de Pelayo. Su defensa de la madre Iglesia se funda no tanto en argumentos filosóficos cuanto en su historia, la poesía que entraña, los consuelos que brinda, los beneficios de que la humanidad y la patria le son deudas. No es ORTIZ el luchador técnico y prudente que aguarda el momento oportuno, elige el sitio del combate, traza el plan, limpia las armas, cuenta sus huestes y las del enemigo, sabe retirarse cuando no es tiempo de acometer. Semejante a los llaneros de Páez, divisa a penas el pabellón contrario, se enardece, enristra la lanza, pone acicate al bridón y se arroja a lo más enconado de la batalla. Esgrime todas las armas del caballero: el arranque lírico, la airada protesta, el punzante sarcasmo, la ironía sutil, pero jamás las del villano. Saluda cortés al adversario, le trata de merced, y aun se humilla en su presencia.

“¡Qué patente, que enorme diferencia, le decía a un adversario digno de él por el talento y la nobleza de alma, la que hay entre los dos! ¡Cómo deben contrastar los rubios rizos

de vuestra cabellera con las guedejas plateadas de la mía, y el fuego reverberante de vuestros ojos con el brillo amortiguado de los míos; vuestros años, que a penas llegan a treinta estos deliciosos, con los de un pobre solitario, muchos como los de las cornejas de los bosques, y malos como los de los ancianos que mueren en el arrepentimiento y el desconsuelo.”

Mas si el adversario llegaba a esgrimir el procaz insulto, la alusión traicionera, se erguía ORTIZ como un gigante y revolvía en el polvo al malaventurado contrincante. Y para ello no temía ensalzarse y recordar sus timbres de gloria, a semejanza de San Pablo, que decía a sus émulos de la iglesia de Corinto: “¿Son hebreos? Yo también lo soy. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son del linaje de Abraham? También lo soy yo. ¿Son ministros de Cristo? Yo lo soy más que ellos.” Alguna vez, a propósito de ciertos decretos sobre instrucción pública que ORTIZ impugnaba, un escritor lo llamó sedicioso y amigo de la ignorancia. ORTIZ le contestó:

“Y respecto de nosotros, cuando vos hayáis gastado veinte años continuos consagrado a la ímproba tarea de la educación, y hayáis fundado dos colegios y regentado otro, y hayáis publicado un libro de texto para las escuelas de que se hayan hecho siete ediciones con veinte

y cuatro mil ejemplares, y hayáis publicado con José Eusebio Caro y otros el primer periódico literario de Colombia en 1837, y cuatro obras más de literatura, y hayáis fundado el *Liceo Granadino*, despertando con éste y aquellas publicaciones el amor a la ciencia y la literatura en los jóvenes... entonces, y sólo entonces, se os podrá tolerar la libertad de tratar de par a par con un hombre encanecido en los bancos de las escuelas y de los liceos, menos la libertad de insultarlo."

Aquellos escritos inmortales andan en libros que ya son curiosidades bibliográficas: *El pueblo*, *Cartas de un sacerdote católico*, *Las sirenas*, *Todo o nada*, *Huérfanas de madre*, en todos los periódicos y revistas de 1837 a 1892, y sobre todo, en aquel semanario titulado *La Caridad*, que ORTIZ redactó durante catorce años, y que era admiración de los doctos, espejo de los literatos, correo de las aldeas, deleite de las familias, embeleso de los niños, terror de los enemigos de Cristo.

Cuando estoy sintiendo las primeras caricias heladas de la vejez, necesito, para no rendirme al frío y a la fatiga, tibias auras de infancia que me acaricien las sienes ya plateadas; y abro, en ratos perdidos, los ajados volúmenes de *La Caridad*, y la sangre corre acelerada, revuelan las ilusiones infantiles en torno de la mente,

oigo la voz austera y cariñosa de mi padre, los retozos de mis hermanitos; y repaso los diplomas del colegio, los marchitos libros de texto, las estampas de la primera comunión. En el cielo necesitamos ser perpetuamente niños. No se concibe la bienaventuranza con los escarmientos de la edad madura, con los desconsuelos de la ancianidad.

Si suprimiéramos, señores, en nuestro héroe al poeta soberano, al escritor elocuentísimo, al campeón de Cristo, todavía quedaría justificada la celebración de su centenario, porque él ocupa puesto preferente entre los educadores colombianos. Empezó a enseñar el día que dejó los bancos de estudiante, y dictó la postrer lección para reclinarse en el lecho donde exhaló el último suspiro. Su colegio predilecto fue el *Instituto de Cristo*; sus discípulos de entonces fueron Rafael Celelón. Mario Valenzuela, Belisario Peña, Ricardo Carrasquilla. Pero alumnos de ORTIZ fuimos todos los que nos educamos en los dos últimos tercios del pasado siglo. El no sólo fue el sol que iluminó el cielo colombiano, sino el que prestó su luz a los demás astros que fulguran en el firmamento de la patria.

Suponed que don Juan Donoso Cortés hubiera sido autor de las odas *A la imprenta*. *Al mar*, *A la Expedición de la vacuna*, y que hu-

biese educado, en el *Colegio de San Mateo*, a todos los literatos españoles del siglo XIX. ¡Imposible! diréis: son demasiados méritos para un hombre solo. Pues esos son los méritos de don José Joaquín ORTIZ.

En su sepulcro deben esculpirse los laureles del poeta y la corona del luchador triunfante en el más noble de los estadios, aquel en que se combate por la fe verdadera, cuando ella es además la de nuestros padres y la de nuestros libertadores; corone el monumento la cruz redentora, estrella polar del vate, del patriota y del cristiano, y arrópelos la bandera colombiana, que tuvo a ORTIZ por amante y por cantor sublime.

R. M. CARRASQUILLA

LA GOLONDRINA

¿De dónde vienes tú con sesgo vuelo,
Alegre golondrina,
Hora que el sol el espacioso cielo
De fuego con raudales ilumina?
¿De dó vienes ahora
Que el monte y la colina
Se ornan de nueva flor y nueva grama;
Ahora que el torrente fragoroso
Por el campo oloroso
Sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estación de las tormentas,
Ya las alegres Horas van danzando,
Y de arrayán y flores mil coronas
Sobre el paterno campo derramando.